

## Donde habita la magia

Podría comenzar este cuento escribiendo algo así como “Érase una vez...” o “En un lejano país vivía...” pero no, para ser algo diferente va a empezar “Había... una vez...”

Pues eso, que había un grupo de amigos que todas las tardes, a la salida del cole, se reunían en un parque. Se llamaban a sí mismos “Los invencibles”, sencillamente porque nadie podía superarlos en la curiosidad que tenían por saber qué había fuera de la urbanización en la que vivían.

Un día, cuando todos estaban durmiendo, el líder del grupo salió a dar un paseo a la luz de la luna y también a la luz de las farolas de la calle y, ¡se encontró con un portal que les permitía ir al país que quisieran! Vaya descubrimiento, eso era algo extraordinario, algo que no ocurre todos los días.

Había que aprovechar la oportunidad, la suerte que habían tenido y con toda la rapidez que pudo, avisó a todos sus compañeros. Todos se pusieron contentísimos, pues ahora ya podían cumplir su sueño, ¡y viajar!

Desde entonces, todas las noches iban a poder viajar a algún lugar o país. Con tanta emoción, les costaba pensar con claridad, ¿por dónde empezar? ¡es tan grande el mundo y hay tantos países, lugares y personas interesantes que conocer!

Todos hablaban a la vez y resultaba difícil ponerse de acuerdo pero como no era cuestión de perder el tiempo ya que... ¿durante cuánto tiempo podrían seguir viajando? ¿podrían seguir viajando para siempre jamás? ¿Sería esto como en el cuento de Cenicienta en el que lo bueno solo duró unas horas y a las 12 de la noche los pajes de la carroza real volvieron a ser ratones y la carroza una calabaza?

Para aprender de sueños y magia, nada mejor que empezar por Disneyland. Y además en Francia, aquí al lado, tan cerquita.

Nada más llegar, entramos en Small World y a bordo de una pequeña barquita comenzamos a navegar y enseguida conocimos a Chimalli, un niño azteca que vivía en Tenochtitlán, ahora Nuevo México. En el colegio aprendía a leer y escribir pictogramas. Como estábamos un poco sedientos, nos dio un poco de chocolate azteca para beber, pero el sabor era muy diferente al de nuestro cola-caó, lo hacían con semillas de cacao, miel y chile. ¡Las semillas de cacao, nos contó, eran tan valiosas que su mamá las usaba como moneda de cambio cuando iba a comprar al mercado!

Nuestra barquita siguió avanzando y nos llevó hasta la Grecia de hace 2.500 años. Conocimos a Helena, quien nos contó que le gustaría ser como su hermano, que estaba aprendiendo a saber defender sus argumentos y a hacer buenos discursos para poder ir a la Asamblea cuando creciese un poco más: allí debatían los hombres importantes cómo gobernar Atenas. Él era tan bueno lanzando el disco que iba a participar en los Juegos que se celebraban cada 4 años en honor de la diosa Palas Atenea.

Con nuestra barquita mágica pudimos visitar el corazón del gran imperio romano. Marco se hizo amigo nuestro y nos llevó a ver magníficas casas con unos patios preciosos donde vivían los ricos; de camino al Coliseo donde los sangrientos combates de gladiadores no nos gustaron nada, vimos muchos pobres y esclavos. Marco nos dijo que antes de seguir con nuestro viaje fuésemos a las termas, donde nos frotaron hasta dejarnos limpios y relucientes.

Nos quedamos dormidos y nos despertó Neferet; estábamos en el ¡Antiguo Egipto! Olía a pan y Neferet nos dio pasteles de miel con forma de cocodrilo. Después de recuperar las fuerzas dimos una vuelta por la ciudad de Tebas, ¡qué calor hacía!! Neferet quiso que jugásemos con ella a la pelota y luego nos presentó a sus amigos, que iban a la escuela de escribas, donde escribían en hojas de papiro. Navegamos por el Nilo con nuestra barquita y vimos como algunos hombres cazaban en el río con arcos, flechas y lanzas. ¡Alguno era capaz de abatir a su presa de un solo flechazo!

Nos despedimos de Neferet y seguimos viajando en el tiempo. Pedimos a nuestra barquita que después de tanto calor estaría bien que nos llevase a algún lugar algo más fresquito.

Y nos llevó al norte de Europa, a los bosques de Suecia, Noruega y Dinamarca y conocimos a los vikingos. Allí estaba Asa, una niña que nos contó que en su pueblo había grandes marineros, comerciantes y guerreros pero la vida no era fácil y los niños tenían que ayudar a sus padres y trabajar duro. En el tiempo libre le encantaba escuchar las historias apasionantes que su madre le contaba sobre grandes guerreros, monstruos y viajes marítimos. Para comer, nos dio un poco de pescado, ¡estaba muy salado! Era porque, nos dijo, para conservarlo, los mayores lo ahumaban, lo secaban y le echaban sal; así tenían pescado cuando hacía mal tiempo y no podían salir a pescar.

Un hechicero malvado había viajado con nosotros como polizón desde Egipto; empleó sus malas artes para que no pudiésemos continuar viajando en el tiempo y aunque nos enfrentamos a él no pudimos evitar volver al punto de partida. Estábamos de nuevo en la atracción de Small World, en Disneyland pero él no pudo conseguir sus propósitos de impedirnos viajar porque habíamos aprendido que la magia existe porque está en nuestros sueños, habita en nuestro corazón.

Cada noche, desde entonces, igual que esa habíamos hecho, podríamos viajar con nuestra imaginación a donde quisiésemos.

Y de repente, me desperté y ¡estaba en mi cama! Me puse el uniforme, desayuné y como cada mañana fui al cole.

Yo y mis amigos de la urbanización decidimos mantener nuestro secreto y, en lugar de llamarnos “Los invencibles” nos hicimos llamar “Los aventureros”.

Los Aventureros decidimos seguir viajando cada noche y fuimos a China, Australia... pero esas son ya otras historias.